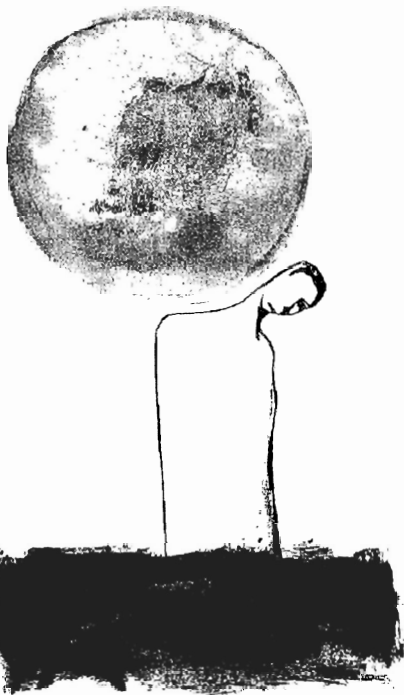


Ciencia ecológica y desarrollo sostenible para el siglo XXI

JOSÉ ANTONIO GARCÍA CHARTON

El estudio del medio natural es tan antiguo como la propia especie humana, pero no es hasta el siglo XX cuando se puede decir que nace la Ecología como ciencia moderna, eminentemente interdisciplinar, y con sus propios objetivos, métodos y logros. En este punto, quizás convenga recordar una vez más (aunque parezca mentira a estas alturas) que no hay que confundir la ecología como ciencia con el ecologismo como movimiento social, a pesar de que ser ecólogo y ecologista no sean condiciones incompatibles (sino todo lo contrario), y de que algunos aún traten de confundir ambos términos en su discurso, con la artera pero vana esperanza de desacreditar argumentaciones contrarias a su posición dogmática y sesgada sin tener que entrar a discutir las en el terreno de las observaciones, los experimentos y los datos, es decir, el propio de la ciencia.

Durante la mayor parte del pasado siglo, los ecólogos han incrementado nuestro conocimiento de la naturaleza estudiando los ecosistemas menos perturbados por la acción humana. Pero durante las últimas décadas hemos pasado de considerar a los seres humanos como intrusos en el mundo natural, a vernos como una especie más de ese mundo. Esto se explica en parte porque los problemas ambientales del planeta (de los que nuestra región no está exenta) han ido en aumento, hasta dar las primeras señales de poner en riesgo nuestra propia supervivencia: sobreexplotación de recursos naturales, contaminación y destrucción física de paisajes y ecosistemas, a los que hay que sumar la invasión por especies exóticas, y, más recientemente, el cambio climático. Urbanismo galopante, mal uso de los recursos (energéticos, hídricos y vivos), transporte ineficiente y desprotección de espacios naturales y de los procesos ecológicos que los mantienen son a menudo citadas como las principales causas de degradación de nuestros ecosistemas. Ciertamente, nuestra especie es única por su inusitada habilidad para transformar su entorno, pero, por fortuna, también por su capacidad para predecir y modificar sus comportamientos, y anticiparse a los cambios futuros, estando de este modo en su mano



JOSÉ IBARROLA

Se ha calculado recientemente que los murcianos necesitamos más de 33.000 km² de territorio (tres veces la superficie regional) para mantener nuestro modo de vivir

evitar los riesgos que la amenazan. Pero ello exige un cambio de actitud y de percepción de la realidad por parte de todos (y en especial de los políticos), dejando de lado provincianismos, prejuicios, partidismos y polémicas de salón.

Desde estas páginas se ha apelado recientemente al derecho a «la calidad de vida que ahora tenemos muchos y que nos gustaría pudieran disfrutar todos» como supuesto argumento a favor de los trasvases. Siendo la calidad de vida un deseo loable y sin duda compartido por todos, aquí y en Burkina Faso, resulta a todas luces evidente que tal pretensión no puede ser alcanzada transitando por los mismos caminos que nos han servido hasta ahora. Para comprender la imposibilidad material de mantener a toda costa nuestro sistema y nivel actual de vida (lo cual no significa que no pueda preservarse su calidad) en un planeta con recursos limitados, podemos utilizar el concepto de Huella Ecológica, que computa la superficie de territorio que necesitamos individual-

mente para satisfacer nuestras necesidades vitales (alimento, vestido, gasto de energía, vivienda, etc.); se ha calculado recientemente que los murcianos necesitamos más de 33.000 km² de territorio (tres veces la superficie regional) para mantener nuestro modo de vivir; en consecuencia, si toda la Humanidad viviera como nosotros, la especie humana requeriría 3 planetas para satisfacer igualitariamente sus necesidades vitales. Obviamente, nuestro nivel de vida resulta insostenible a medio plazo y desde una perspectiva global.

Por tanto, las viejas recetas del siglo XX ya no son válidas, necesitamos urgentemente otras maneras de pensar y de actuar, nuevas soluciones, otra visión, en definitiva, otra política para el mundo del siglo XXI, superpoblado, globalizado y convulso, que ya no es el nuestro, sino el de nuestros hijos y nietos.

Como respuesta, los ecólogos y otros científicos de las disciplinas ambientales están dedicando ingentes energías (a menudo muy superiores a los recursos de que disponen) a cultivar una ciencia para (más allá de acerca de) el mundo del siglo XXI: están plenamente comprometidos con la ciudadanía a perder por ello su independencia, son capaces de anticiparse a los problemas ambientales, están preparados para informar a tiempo de las posibles soluciones a los órganos de decisión, y dedican grandes esfuerzos a transferir y divulgar los resultados de su investigación a la sociedad. Pero para alcanzar un desarrollo sostenible (es decir, aquél que «satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades») es preciso también que los políticos escuchen a los científicos, y sobre todo sean capaces de concebir medidas de gestión nuevas, imaginativas y creativas, adecuadas para responder al reto ambiental del siglo XXI. Para eso precisamente les pagamos.

José Antonio García Charton es doctor en Biología e investigador del Departamento de Ecología e Hidrología de la Universidad de Murcia.